

**El esternocleidomastoideo
de la escritora**

Paula Izquierdo

Paula Izquierdo nació en Madrid en 1962. Doctorada en psicología, su actividad profesional ha estado siempre estrechamente vinculada a la difusión de la cultura. Trabajó durante cuatro años como responsable de la programación cultural de la FNAC. Es profesora de Creación literaria de la Escuela de Letras y lleva tiempo colaborando en distintas revistas y en diarios nacionales. En el año 2000 obtuvo el Premio de Narrativa Breve de la UNED, por un relato incluido después en su libro de relatos *Anónimas* (Seix Barral, 2002). Ha publicado las novelas *La vida sin secreto* (Plaza & Janés, 1997), *El hueco de tu cuerpo* (Anagrama, 2000) y el ensayo *Cartas de amor salvaje(s)*, (Aguilar, 2000). Está presente en las antologías de relatos: *Páginas amarillas*, *Lo del amor es un cuento*, *Lo que cuentan los cuentos* y *Lavapiés*.

Esternocleidomastoideo es el músculo del cuello que se inserta en la apófisis mastoideas del temporal y se dirige, mediante dos fascículos, al esternón y la clavícula. He decidido titular este breve comentario sobre el mercado editorial y las mujeres escritoras mencionando una parte del cuerpo –generalmente visible al encontrarse en el cuello y al mismo tiempo poco significativa– con el objetivo de reflejar, desde el encabezamiento, que la materia de la que voy a hablar a continuación resulta tan paradójica como la asociación de un músculo del cuello con la profesión de escribir ejercida por las mujeres ¿Qué tiene que ver este músculo con la literatura? –Oficio o menester que debería utilizar un órgano sin duda más substancial y poderoso llamado cerebro–. ¿Hay alguna oscura, por desconocida, conexión entre el esternocleidomastoideo y la inspiración, entre el talento y este músculo, entre la calidad literaria y una parte de nuestra anatomía de nombre casi impronunciable? Sinceramente, no lo creo. Mi propósito a lo largo de estas líneas será dotar de significado a semejante título. Al contrario de lo que suele anunciarse, aquí cualquier parecido o coincidencia con la realidad no es fruto de la casualidad, sino que atiende a hechos concretos reales experimentados en carne propia o cercana.

Nunca imaginé que a comienzos del XXI siguiera hablándose de una literatura femenina como contraposición de la literatura (masculina)³¹. Siempre he creído que hay autores, buenos, malos

³¹Hasta hoy nunca he visto tal denominación. Como dice Laura Freixas en su ensayo *Literatura*

o regulares, igual que existen libros buenos, malos o prescindibles. Sin embargo, después de casi diez años dedicada a la literatura, me veo obligada a afirmar que si bien sigo pensando y defendiendo esta idea, a saber, que la literatura no debe estar en función del sexo del autor, la realidad insiste en demostrarme lo contrario: algunos medios de comunicación, críticos, editores e incluso algunos escritores/as se empeñan en diferenciar entre literatura escrita por mujeres y literatura escrita por hombres. Este fenómeno puede atender a una exigencia del mercado, es decir, a la necesidad de etiquetar, clasificar, encasillar cualquier “producto” o “mercancía” pero, me temo que hay otros aspectos menos evidentes, pero sí contrastados, que muestran una corriente subterránea de pensamiento, un acervo cultural enquistado en el inconsciente de algunos críticos y “agentes culturales” tendentes a despreciar, degradar e infravalorar de forma sistemática una obra por el mero hecho de estar firmada por una mujer. Hoy en día, aunque parezca algo trasnochado, la narrativa escrita por mujeres sigue juzgándose en tanto en cuanto literatura femenina, olvidando a menudo que se trata de una obra de creación, independientemente del sexo del autor/a, y que lo que debería evaluarse son sus virtudes o defectos literarios. Como afirma Victoria Camps³² en su ensayo *El siglo de las mujeres*: “El día que no necesitemos distinguir entre hombres y mujeres profesionales podremos afirmar que la igualdad de los sexos es una realidad”. Y esto es precisamente lo que ocurre en el mundo de las letras. La discriminación de las escritoras no sólo es de signo negativo, sino que en los últimos años ha venido produciéndose también el fenómeno contrario, es decir, una discriminación positiva. Me devano los sesos especulando sobre

y mujeres. Destino. 2000. La literatura, a secas, hace referencia a la escrita por los hombres, en cambio a la literatura escrita por mujeres suele añadirse el adjetivo de femenina.

³²*El siglo de las mujeres*. Victoria Camps. Colección Feminismos. 1998. Ed. Cátedra. Universidad de Valencia. Instituto de la Mujer.

cuál de las dos resulta más perniciosa. Lo cierto es que éste es un hecho más que evidente en este ámbito de la cultura. Pero, antes de entrar a justificar tal afirmación, creo imprescindible hacer un inciso para desgranar, aunque sea someramente, cuáles son las circunstancias actuales de los escritores/as y el mercado editorial en España.

Ninguno de mis comentarios es en absoluto inocente, ya que mi condición de escritora los determina de forma irremediable. Las reflexiones entorno a la literatura y el mercado, a las mujeres como escritoras, son sólo la expresión de un punto de vista, el mío, y de una experiencia, la propia. Es importante señalar, por tanto, que mi aproximación no corresponde a la de una estudiosa o especialista, sino a la de una parte implicada. Añadir, por último, que cualquier afirmación de tipo generalista, no significa que no haya excepciones más o menos significativas. No pretendo ser taxativa sino, en todo caso, mi intención es poner de manifiesto algunos aspectos que considero lo suficientemente relevantes y sintomáticos de la sociedad en la que vivimos como para sacarlos a la luz.

La perversión del mercado

El panorama literario actual en España resulta aparentemente muy rico, pero no cabe duda de que vive un momento de gran confusión, por no decir de caos. Todos los días nos venden una obra maestra o el libro del año. O como suelen decir los críticos: “obras que van a pasar a la historia de la literatura española”. Otro fenómeno es el de los nuevos narradores: los medios de comunicación se inventan una nueva remesa de jóvenes narradores cada cinco minutos. Es un truco publicitario más. No hay que olvidar que vivimos en la era de los eslóganes.

Lo cierto es que los libros han dejado de ser un objeto de culto para convertirse de la noche a la mañana en un producto de marketing. El escritor ha cambiado de imagen, se ha sometido a un lifting y ya no es el tipo sucio, medio ciego, encerrado en un

cuchitril, sino una estrella mediática: ingeniosa, fotogénica y, a poder ser, algo transgresora. Y si encima es mujer, atractiva y joven; es el no va más. Que se vendan libros aunque sea así, no sé si es una buena solución. Aunque siempre habrá estrellas –jóvenes y no tan jóvenes o nuevos autores o no tan nuevos– dispuestas a hacer lo que esté en su mano: se trata de vender ejemplares y todo vale. Ya se quejaba Balzac en su libro *Ilusiones perdidas*: “La austeridad de su conciencia, hoy pura, se doblegará ante aquellos en cuyas manos vea usted su éxito”. La literatura, a quien, en un primer momento se le atribuía un valor intelectual supremo, ahora está considerada una función de entretenimiento, en relación directa con la industria del espectáculo. En 1948, Jean Paul Sartre podía afirmar que la literatura era la tarea de un héroe, y el literato, un guerrero. Por supuesto, Sartre habla de escritores varones, pero lo que me interesa resaltar de esta frase no es sino el contraste con respecto a la situación actual: ahora, la literatura se ha convertido en un pasatiempo, y el literato/a en un/a profesional del entretenimiento. Hasta hace veinte años, la literatura era aquello que decidía una *élite* de expertos, profesores, académicos y comentaristas –de nuevo hombres– pero, si aceptamos el criterio de la opinión actual, no hay más literatura que la que se vende, con independencia de que se lea o no, porque éste es un dato económicamente indiferente. En el mundo literario español de hoy –escritores, críticos, lectores, editores– se considera como algo normal, admisible y para algunos deseable el hecho de que en el mundo de los libros imperen las normas del mercado, que no fueron precisamente inventadas para la literatura sino para vender yogures con sabor a frutas, coches que nos hacen libres o perfumes capaces de transportarnos a lugares exóticos.

Generalmente los escritores deben prestarse –en ocasiones bajo obligación contractual– a participar en la promoción de sus productos: presentaciones, firmas, entrevistas. De modo que no sólo escriben sus obras sino que deben ejercer de agentes

comerciales de las mismas. He oído que hay escritores que terminan de escribir sus novelas apostados en los escaparates de las librerías como monos de circo. Dicen que en Nueva York a un pequeño librero desesperado se le ocurrió la genial idea. No sé si es un falso rumor pero no me extrañaría. Lo que ha ocurrido es que el número de ventas se ha convertido en argumento de valor literario, y los anticipos que pagan las editoriales en el caché del escritor: a mayor anticipo mayor prestigio. La política es pagar importantes adelantos a favor de lo que se espera que sea un éxito de ventas. Pero cada grupo editorial sigue la misma política y los adelantos aumentan más allá de lo que puede esperarse razonablemente sobre la venta del libro. Conviene tener en cuenta que por término medio, para recuperar 150.253 euros (25 millones de pesetas) hay que vender 100.000 ejemplares, y todos los datos indican que esta cifra no se alcanza más que en casos muy, pero que muy excepcionales.

Ahora ya no se habla del contenido de la obra literaria, sino de los adelantos, y del espacio que le han dedicado los medios de comunicación ya sean escritos o audiovisuales a la obra. Tampoco importa excesivamente si este espacio denigra o ensalza la obra del escritor, lo que importa es el espacio en sí mismo, el contenido suele ser sino obviado, olvidado sin demora. La gran perversión a la que nos vemos sometidos, algunos sólo tentados, otros –los que han alcanzado la gloria– quizá sean la excepción, es al siguiente axioma: si quieres ser escritor hay que estar en el mercado y para ello es imprescindible aparecer/estar presente en los medios. Aunque a veces estos medios sean programas deleznable de radio y televisión, reportajes en revistas de dudoso carácter cultural y un largo etcétera.

El escritor está presionado por el mercado y su reacción es, o bien entrar en un estado de complacencia ciega, o bien ser consciente de que la presión existe, pero considerar que es algo que no le afecta a él. Víctor Moreno en su ensayo *De brumas y veras* (Ed. Pamiela. 1994) cita a Borges: “No hay hombre célebre al

que no le calumnie un poco su gloria”. Y, Moreno, añade: “Pero mientras se vive, la frase de Borges nadie se la aplica a sí mismo”. Y así es.

Volviendo al mercado, bien es cierto que cuando una editorial adelanta a un autor, por ejemplo, 48.081 euros (8 millones de pesetas) puede parecer una cantidad muy elevada, pero si tenemos en cuenta el tiempo que le ha llevado escribir la novela, pongamos tres años, realmente lo que está cobrando son 16.027 euros (algo más de dos millones y medio de pesetas) por año y eso, por mucho que nos empeñemos, da para comer y poco más. Si por casualidad el escritor no vende lo previsible para que la editorial recupere la inversión, que en este caso serían aproximadamente 40.000 ejemplares –cosa nada fácil hoy– es posible que tenga problemas para publicar la siguiente novela en esa misma editorial, a no ser que se trate de alguien muy consagrado. De modo que el escritor, al acentuarse esta presión mercantil sobre su trabajo, necesita reafirmarse en la idea de que sus “mercancías” son peculiares, específicas y únicas, salvo que se encuentre a gusto en su nuevo papel de “perito en frases”. Es cierto que la tensión entre la voracidad del mercado y el mantenimiento de la peculiaridad de la mercancía es una forma de resistencia. Pero esta resistencia tiende a desaparecer y, por tanto, también la búsqueda de la peculiaridad. Esto nos afecta a todos: escritores, críticos, editores y lectores. La consecuencia inmediata de esta situación es que el mercado se está erigiendo en homologador único de la particularidad estética; sólo el éxito confirma que un producto contiene esa particularidad: La conclusión es –como ya apuntaba, hace unos años, el crítico y editor Constantino Bértolo– una nueva y aguda perversión: la estética es el mercado.

De la habitación propia al proscenio

La intensa niebla que envuelve el panorama arriba descrito se convierte en rotunda opacidad si me remito al caso de las

mujeres escritoras. Victoria Camps lo afirma en su ensayo: “La mujer es diferente todavía, sin duda. Y esa diferencia es una carga que la distancia y la separa de los que se saben iguales” (...) “La mujer vive el malestar de la dualidad entre el ser persona y el ser mujer, el malestar de tener que desplazarse de continuo de una a otra, o de tener que renunciar a ser una cosa para seguir siendo la otra”. Y este fenómeno se reproduce, cómo no, en el caso que nos ocupa. En la introducción he mencionado que en la actualidad se producen/concurren dos formas de discriminación de la mujer escritora; una, de signo positivo y otra, de carácter negativo. En realidad, ambas forman parte de un todo que se podría resumir en la siguiente afirmación: las escritoras no escriben bien –discriminación negativa–, pero son *muy mediáticas o comerciales* –discriminación positiva–. El hecho de denominar positiva a un tipo de discriminación, no implica que redunde en beneficio de las escritoras, sino muy al contrario, por lo menos a medio y largo plazo. Pero quizá la mejor manera de ilustrar dicha aseveración sea exponiendo algunos significativos ejemplos.

Discriminación positiva

Este tipo de discriminación también podría calificarse como discriminación por abuso. Que una revista de información general, en la sección dedicada a literatura, se haga eco de la presentación de una novela halagando el aspecto de la escritora, como si no hubiera nada más importante que mencionar que las características del vestido que llevaba, resulta bastante infame. Eso sí, como buen periodista, riguroso con su oficio, en el último párrafo hizo mención del título de la novela; al fin y al cabo, la reseña sólo era noticia, precisamente, por aquello que casi se le escapa al reportero. Otro ejemplo, quizá aún más denigrante, es que una cadena de televisión propusiera hacer un monográfico sobre una novela recientemente aparecida sugiriendo a la autora falsear el texto original, pasándolo de tercera a primera

persona. Una vez sometida a las imposiciones del guión, el siguiente escollo era buscar a alguien que representara la escena: una mujer desnuda saliendo de la cama de su amante. Tener que ficcionalizar la novela para poder informar de la existencia de la misma me parece un exceso de recursos. Pero no todo acabó aquí, como era de esperar lo que querían los productores del programa cultural era que la propia autora actuara haciendo de su personaje de ficción. La protagonista de la novela, como digo, es una mujer que a lo largo de un amanecer, mientras encuentra su ropa caída con un destino incierto en la habitación de su amante, repasa su vida. Cuando descubrieron cuáles eran sus intenciones, a saber, que la escritora hiciera de *primma donna* y pusiera la cara (es un eufemismo), para representar este primer capítulo, tuvo que renunciar a tan golosa promoción. Y digo golosa, porque no hay que olvidar que los escritores, muchos a lo largo de su vida, pero sobre todo los que empiezan viven en la marginalidad absoluta, y este tipo de propuestas pueden resultar muy tentadoras. La grabación no tuvo lugar. En primer lugar porque cuando alguien se dedica a escribir —es una elección como otra cualquiera— pero, si ha decidido ser escritora y no trapicista, o en este caso actriz, por algo será. En segundo término, no creo que sea necesario desnudarse para hablar de un libro, no lo considero legítimo, y, si es así, mal vamos.

Desde que he empezado a publicar una de las preguntas recurrentes y que, por tanto, en más ocasiones he tenido que responder y respondo, ya que quien calla otorga, es que si mis novelas son autobiográficas. Como escritora batallo, aunque parece que de forma poco eficaz, para que mi vida y mi obra no se asimilen; para que no se especule sobre si lo que escribo es algo que me ha ocurrido en la vida real. ¿Es tan difícil que la gente entienda la diferencia entre el narrador y el autor? Es un error permanente que cometen aquellos que no saben que la literatura, buena o mala, obra de arte o no, es ficción, salga o no de las entrañas del escritor, de la memoria, o de cualquier

otro oscuro lugar. Suelo contestar siempre lo mismo: cualquier cosa que se escribe nace de la cabeza del autor, ya sea algo imaginado o vivido. De modo que todo en esta novela o relato es autobiográfico; todo y nada a la vez. No deja de ser revelador que esta pregunta reiterativa se la formulen de forma indefectible a las autoras y no a los autores. Otro buen ejemplo de este tipo de discriminación es cuando se recibe la llamada de una revista femenina proponiéndote hacer un reportaje sugerente y termina siendo una frivolidad más. En éste caso la propuesta estaba relacionada con la mujer y su relación con el cuerpo. Es un tema sin duda interesante, sobre todo hoy en día cuando muchas jóvenes padecen enfermedades como la anorexia y la bulimia, y más cuando resultaba ser uno de los hilos argumentales de la novela que se acaba de publicar. Esta propuesta terminó de la siguiente manera: hubo una entrevista en la que apenas preguntaron a la escritora por su libro y menos sobre la evolución psicológica de la protagonista para llegar a aceptar su cuerpo. Algo que a la autora debía preocuparle lo suficiente como para dedicar tres años de su vida a escribir sobre ello. Las fotografías que acompañaban la entrevista eran de cara y de espalda. Pudo haberse ido de la sesión, pero no se atrevió quizá por falta de decisión y de experiencia o por exceso de pudor mal entendido. Estoy segura de que la gran mayoría de escritoras, no tienen/tenemos intención alguna de ser famosas por nuestras espaldas, nuestros esternocleidomastoideos o cualquier otro aspecto de nuestra fisonomía, en todo caso, y tal y como vienen las cosas, ni siquiera por la literatura. Otro aspecto importante es que en los últimos años los medios de comunicación han ido dando cada vez mayor prioridad a la reproducción de la foto del autor, pero sobre todo autora en detrimento del espacio dedicado al texto. No sé si hay lectores a los que les importe el aspecto del autor/a de un libro, y asumiendo que haya gente a quien le guste conocernos, quizá con una foto de un tamaño menos desorbitante sea suficiente.

Tampoco son legítimos los adjetivos calificando el aspecto físico de una mujer para hablar de una escritora. No entiendo por qué un periodista se puede permitir el lujo de tildar de bella, atractiva, y demás lindezas, cuando menciona a una escritora. El color de ojos, o el tipo de vestido que se lleve, el exceso o falta de belleza me parecen aspectos, precisamente porque lo son, absolutamente intrascendentes que distorsionan la imagen de la profesional y contaminan la información. Sin embargo, parece evidente que algunos editores, directores de suplementos culturales y revistas de carácter general e incluso algunas enmarcadas en las mal llamadas revistas culturales, han descubierto un filón con las mujeres, y si encima tienen algo de morbo mejor. No sé qué pensarán mis colegas. No todas somos iguales y quizá de ahí provenga la confusión. Respeto a aquéllas que utilizan sus *armas de mujer* de la forma que consideren oportuna, pero esto no es óbice para que tengamos que pasar todas por el aro de este tipo de *promociones*. Lo cierto es que en estos últimos años me he dado cuenta de que esta fórmula del “todo vale” con tal de darse a conocer y vender libros, no está beneficiando en absoluto a las demás escritoras y mucho menos a las nuevas. No hay nada peor que sentar precedente. Hace poco vi una página entera de un diario nacional con una publicidad sobre un libro de una joven, angelical y novel poeta. La publicidad consistía en la fotografía de la susodicha a toda página, retrato que coincide con la ilustración de la portada del libro. ¿Es necesario prestar la cara para vender poesía? Desde mi punto de vista no hay ninguna necesidad y me parece obsceno e insultante que alguien se dedique a hablar del vestido que llevaba una escritora, que le haga mostrar la espalda, o insinuar su desnudez con la estúpida y humillante propuesta de que así se promociona su literatura. Hasta ahora he hablado de la imagen como fuerza de venta, pero entrando en el terreno propiamente literario el panorama no es mucho más alentador.

La discriminación negativa

1. En la sociedad literaria

La discriminación negativa o por defecto se pone de manifiesto en multitud de ocasiones en el terreno movedido que es la llamada sociedad literaria. Un hecho todavía hoy bastante habitual es que resulte difícil encontrar el nombre de más de una mujer en las antologías de relatos, salvo cuando la editorial o la empresa, pública o privada, que dirige el proyecto se proponga recopilar textos sólo de mujeres. Si no, si se trata de reunir a escritores, es decir, cuando no existe ninguna razón que excluya a las mujeres escritoras, curiosamente su presencia resulta ser mínima. Suele suceder lo mismo si hablamos de debates, coloquios, seminarios, conferencias, jurados y demás actos culturales; es sumamente sospechoso que los nombres de mujeres brillen por su ausencia en las relaciones de participantes. De nuevo se produce la dicotomía: escritoras-comerciales, escritores (hombres)-oradores/pensadores de prestigio. También son hombres quienes detentan los cargos públicos de mayor responsabilidad en el ámbito cultural, a excepción del Ministerio de Cultura a cuyo frente se ha tomado por costumbre colocar a una mujer. En la Real Academia de la Lengua sólo hay una mujer escritora, Ana María Matute, frente a 43 hombres. No estoy a favor de la paridad, es un planteamiento excesivamente reductor, no se trata de equiparar el número de hombres con el número de mujeres, se trata de elegir a la persona (sea hombre o mujer) óptima para desempeñar un cometido. Precisamente por esto no estaría mal que de vez en cuando hubiera cargos públicos en los que se plantease la posibilidad de que fueran ocupados por mujeres. Un ejemplo bastante indicador del lugar que ocupa el colectivo de mujeres en la sociedad española es que hace unos años se publicara un diccionario de mujeres célebres donde podemos encontrar a escritoras o políticas, y a mujeres cuyo único mérito es haber estado casada con uno o varios hombres famosos. Ambos méritos hasta donde

alcanza mi entendimiento no son, ni deberían ser homologables. Por último, aunque algunos suplementos culturales son dirigidos por mujeres, la gran mayoría de los críticos que escriben en ellos son hombres. Y, es precisamente, la crítica la que ejerce una discriminación negativa, y a veces, con un carácter marcadamente misógino como veremos a continuación.

2. En la crítica

Los calificativos con que suelen tildarse las obras de creación escritas por mujeres son de esta índole: intimista, psicológica, emotiva, una literatura de sentimientos, una literatura de mujeres. Parece que el terreno de las emociones es un coto vedado donde las mujeres escritoras se enfangan o se deleitan, según el caso. Resulta alarmante que los críticos, en ocasiones, para halagar la novela de una escritora recurran precisamente a valorarla porque “parece no estar escrita por una mujer”. A veces, quizá por falta de recursos, mencionan otras escritoras, desde su punto de vista *mediocres*, para ensalzar la obra de quien están reseñando, distinguiéndola de la literatura *femenina al uso*. Siempre he tenido cierta curiosidad por saber qué quieren decir los críticos cuando califican una obra de intimista. Es una afirmación aleatoria que a veces sirve para aplaudir un libro y otras para desprestigiarlo. La prosa intimista es un elogio, sobre todo cuando está escrita por hombres, y es un insulto, cuando quien firma la obra es una mujer. Este término, tan profusamente manejado por los críticos, significa según el DRA: Dícese de los escritores (me imagino que en este caso escritores está utilizado en su acepción genérica, léase escritores/as) que expresan literariamente rasgos, emociones, situaciones, etc., de la vida íntima o familiar. Pero las palabras tienen su propia biografía y cuando un crítico habla de intimismo al referirse a la novela de una escritora está hablando de cursilería, gazmoñería, sensiblería y un largo elenco de adjetivos que denostan la obra. Otra cosa muy distinta ocurre cuando este adjetivo califica el texto de un

escritor, entonces, suele considerarse como un halago: el escritor tiene capacidad para profundizar en el interior de los personajes. En más de una ocasión leyendo las críticas de novelas o relatos de escritoras me he quedado con las ganas de saber qué quería decir el crítico con lo que decía. Otras, por el contrario, y ahora me remito a una que hicieron sobre mi segunda novela, he descubierto que no debería haber nacido. ¡No está mal! Quizá haya que escribir y publicar novelas para saber esta gran verdad, que el demiurgo crítico afirma en su reseña: Paula Izquierdo no debería existir. Es curioso que sea este comentario el único de toda su crítica (debería decir vómito), que en las sudorosas noches de insomnio comparto con él. ¡Qué duro es haber nacido! ¡Mejor estaría muerta! Pero, retomemos algunos aspectos menos desalentadores que el deseo de matar al escritor, en este caso, escritora. Laura Freixas comenta algunos casos que resultan demoledores en su interesante libro reseñado anteriormente. Dice la escritora que los críticos establecen una sinonimia entre *femenino* y *malo*. Su tesis es irrefutable, no necesito más que destacar algunas de las frases extraídas por Freixas de las críticas que han aparecido en los últimos años en los suplementos culturales de los periódicos y en las revistas literarias: “Mujeres y hombres compiten por el trono femenino de la novela fácil y digestiva”. Me cuesta comprender por qué las mujeres escriben novelas fáciles y digestivas. No sé si el aparato digestivo tiene algo que ver con la literatura, pero en todo caso, casi prefiero una novela digestiva que una flatulenta, puestos a seguir con el símil. Según otro crítico la literatura femenina no sólo existe sino que “se nota en que tira para atrás porque apeseta”. Pero, no todo queda aquí, ya he mencionado que los críticos del género femenino no disponen de mucho espacio en las páginas sesudas de los suplementos culturales, pero, a veces, se produce esta feliz aparición, y cuando ocurre, da la impresión de que la única forma de escribir sobre un ser del mismo género es acotando sus comentarios. Así, Freixas, entresaca alguna

frase que no pasará a la historia sino es por la gran estupidez que encarna; una mujer crítica, al tildar de femenino el texto de otra, se le escapa este añadido: “en el mejor sentido de la palabra”. Es que, ¿hay un peor sentido? ¿Quiere esto decir que la mujer que ejerce la crítica, da por sentado que el término femenino es peyorativo? ¿Para ser *buena* escritora, hay que ser como un hombre o, en todo caso, femenina tiene una acepción que se sobreentiende como negativa, y por tanto es necesario apostillar “en el mejor sentido”? Y, me pregunto, ¿cuál es el mejor sentido? A qué atiende tamaña estupidez. ¿Es la mujer una loba para sí misma?

Cuando publiqué la primera novela en las entrevistas que me hicieron oí a menudo esta entelequia: si se trata de obras escritas por una mujer con protagonistas femeninas estarán escritas para ser leídas por mujeres. El axioma no deja espacio para la duda. Es un argumento esgrimido una y otra vez. Y, yo, que soy inocente, pregunto cándidamente al interlocutor de turno. Oiga, ¿a usted no le interesa la literatura? O, ya puestos, ¿no le interesan las mujeres? En caso de que estas dos preguntas sean contestadas negativamente, siempre cabe responder, escribo para ese algo más del cincuenta por ciento de la población del planeta que está formado por esa minoría llamada mujeres y para el otro porcentaje de esa mayoría llamada hombres. No tengo respuesta para comprender por qué una novela escrita por una mujer sólo puede interesar a las mujeres. Es algo que se me escapa. En mi segunda novela, la protagonista es de nuevo una mujer. Y la pregunta inevitable fue: ¿Y, esto pueden leerlo los hombres? Una posible contestación es hacer la siguiente observación: si a mí me interesa y leo literatura escrita por hombres donde los hombres son los protagonistas, imagino que al contrario también puede ocurrir. La verdad es que la cuestión es de perogrullo. ¿Por qué hay literatura sin más y literatura de minorías entre las que se encuentran las mujeres, como si fuéramos una tribu de sensibleras, mojigatas e incultas, como si nuestra

literatura tuviera que ser tenida en cuenta como una “cosa menor”? Hace poco estuve hablando de este asunto con un amigo escritor que lleva más de veinte años publicando. Y lo suyo fue categórico; hoy en día, como hace doscientos años, la literatura escrita por mujeres no está considerada como literatura, es una cosa menor, tonterías de mujeres, o en todo caso, últimamente, aquéllas que se las dan de transgresoras encuentran en el sexo explícito una salida a sus cuitas mentales. Mi amigo estaba haciéndose eco de una opinión generalizada que pervive de forma subyacente, ya que es políticamente incorrecto plantearlo a cara descubierta, en este circo que es el mundo editorial.

Otra peculiaridad de las críticas es que cuando se reseñan obras de escritores no se menciona el género del mismo, sin embargo, a menudo en las reseñas que se hacen de las escritoras, es un hecho que no suele pasar inadvertido. ¿Por qué? En una crítica aparecida hace ya unos cuantos años el crítico no sólo no señala vicios, ni defectos de la escritora sino que la ensalza de tal forma que la llama santa y honrada. No está mal; aquí o se es puta o se es santa. Bueno es saberlo. Sin embargo, sigo sin entender, como el mismo Víctor Moreno reconoce a propósito de los calificativos de santa y honrada, qué relación guardan estas virtudes con saber escribir bien. Yo tampoco, pero el camino es largo y uno siempre aprende de sus mayores. Es cierto que todo lo dicho hasta el momento refleja el pensamiento y la forma de trabajar de algunos críticos y que como ya dije al principio hay excepciones, es decir, que no todos beben en las mismas fuentes misóginas. Pienso que la crítica puede ser interesante cuando detecta fallos, defectos, carencias o, por el contrario, aciertos, siempre y cuando estén argumentados, para asesorar a los posibles lectores de la obra reseñada. No estoy muy convencida de que la crítica que se practica hoy en día sea útil, quizá ni siquiera deba ser útil, sino esclarecedora. Tampoco sé si cumple con este cometido, pero lo que no cabe duda es que, en todo caso, debe ser cuando menos instructiva. Es decir,

que de la lectura de una reseña, uno pueda extraer alguna conclusión y sepa a qué atenerse, qué quiere decir el crítico, qué le ha parecido la obra y sobre todo en qué basa sus calificativos ensalzadores o desaprobatorios, cuáles son sus argumentos para escribir lo que escribe. Otro caso llamativo, también obtenido de la lectura de *De brumas y veras*, es aquel en el que un crítico se pregunta respecto a una novela premiada: "Cómo se puede premiar a una escritora que escribe tan mal". ¿Es que si fuera escritor la cosa cambiaría?, y segunda pregunta, ¿por qué escribe mal? Es importante la asociación de escritora y escribir *tan mal*. ¿Cómo un profesional de la crítica se puede permitir tal calificativo? ¿No se le paga por pensar la literatura? ¿No resulta bastante funesto, por no decir zafio, moverse en esa dicotomía tan reductora como la de estar bien o mal escrita, o insultante, como es oler bien o apestar?

Para acabar, he querido remitirme a una conferencia que pronunció Virginia Woolf en 1928 y que, más tarde, se publicó bajo el título de *Una habitación propia*. En esta conferencia la escritora se preguntaba: "¿Puede el sexo del novelista influir en su integridad, esta integridad que considero la columna vertebral del escritor? Virginia Woolf hablaba de las escritoras del XIX como Jane Austen o Emily Brontë, pero, ¿acaso ha cambiado algo el panorama más de cien años después? La respuesta la tienen ustedes, la mía ha quedado por escrito.

Paula Izquierdo